



Latinoamérica, Rusia y la invasión a Ucrania: una lectura (post)liberal

Alianzas y alineamientos geopolíticos trazan el mapa de la región sostenido en una asimetría axial que opone democracia a autocracia, la lucha y defensa de la libertad, el ejercicio de los derechos y garantías contra la opresión y el sojuzgamiento.



Armando Chaguaceda

Politólogo e historiador, investigador del Centro de Estudios Constitucionales Iberoamericanos A.C. Experto país (casos Cuba y Venezuela) del proyecto V-Dem, de la Universidad de Gothenburg y el Kellogg Institute en la Universidad de Notre Dame. Miembro de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) y de Amnistía Internacional. Especializado en el estudio de los procesos de democratización/autocratización y de las relaciones entre gobierno y sociedad civil en Latinoamérica y Rusia.

La invasión a Ucrania ha producido importantes realineamientos geopolíticos globales. Uno de estos ha consistido en la revisión o ratificación de los nexos de diversos países del llamado Sur Global con Rusia. En este marco, Latinoamérica -una región compuesta por naciones con variadas trayectorias históricas, políticas y socioeconómicas- cobra relevancia para los objetivos de la política exterior de Moscú.

Desde inicios del siglo XXI, Rusia comenzó a recuperar y ampliar su presencia en Latinoamérica. El Kremlin se movió primero por un interés económico y comercial, con la intención de que empresas rusas -como las de armamento, gas y petróleo- tuvieran acceso a un nuevo mercado. Sin embargo, con los años, la relación se ha ampliado al ámbito político y geoestratégico, en el marco de la agudizada relación bilateral de Rusia con Estados Unidos. A medida que la confrontación ha ido escalando, el Kremlin ha ido acentuando su influencia en ciertos países de Latinoamérica, procurando incidir en el traspatio de Washington.

En la mira del Kremlin

En la concepción de la política exterior rusa, Latinoamérica es parte de un interés por aumentar la presencia internacional y fomentar las relaciones con los mecanismos de integración regionales. Ese enfoque, como la política exterior rusa en general, se ha centrado en varios ámbitos, abarcando las dimensiones económicas y políticas. Todo bajo el prisma de un poder autocrático y reaccionario que, como ha señalado el historiador Claudio Ingerflom, combina una añeja perspectiva antiliberal, supresora de los derechos ciudadanos, dentro y fuera de las fronteras del país euroasiático¹.

Un primer ámbito de esta presencia reforzada es el económico y comercial, en el que Rusia emplea diversos medios, como la firma de acuerdos comerciales, descuentos a las exportaciones y alivio de deudas -algunas heredadas de la era soviética- de países latinoamericanos con Moscú. Argentina, Brasil y México son los mercados más importantes para Rusia. Estos tres países son miembros del G-20, al igual que Rusia. En el caso particular de Brasil, junto con Rusia es parte del BRICS (Brasil, Rusia, la India, China y Sudáfrica). Además, tanto México como Brasil exportan productos que Rusia consume, como azúcar de caña, soya, café, carnes, maquinaria industrial, automóviles, teléfonos y cerveza de malta. El comercio bilateral ruso brasileño aumentó significativamente desde principios del siglo XXI, particularmente con Brasil durante la presidencia de Luiz Inácio *Lula* da Silva y en los primeros años de Dilma Rousseff. Con México se han incrementado nexos en áreas inéditas como la industria aeroespacial. Sin embargo, ese comercio es deficitario y sigue siendo marginal comparado con los intercambios de Rusia con otras partes del mundo.

Otro ámbito es el político, en el que el Kremlin corteja y apoya a sus aliados dentro de varios países. El objetivo es ganar respaldo para la presencia inter-

“Resulta útil el sustrato ideológico iliberal de las agendas políticas de diversos gobiernos en Latinoamérica; especialmente los regímenes bolivarianos. Con ellos, Moscú ha logrado fortalecer una cooperación de signo autocrático que trasciende el vínculo comercial y las alianzas militares. Rusia ha apoyado el reconocimiento y fortalecimiento de gobiernos como los de Cuba, Nicaragua y Venezuela, mediante el respaldo diplomático, el apresto en materia de defensa y seguridad y, en menor medida, la colaboración económica y financiera”

nacional de Rusia y socavar las bases de apoyo del Occidente democráticos. Para tal fin, resulta útil el sustrato ideológico iliberal de las agendas políticas de diversos gobiernos en Latinoamérica; especialmente los regímenes bolivarianos. Con ellos, Moscú ha logrado fortalecer una cooperación de signo autocrático que trasciende el vínculo comercial y las alianzas militares. Rusia ha apoyado el reconocimiento y fortalecimiento de gobiernos como los de Cuba, Nicaragua y Venezuela, mediante el respaldo diplomático, el apresto en materia de defensa y seguridad y, en menor medida, la colaboración económica y financiera.

En la región, el Kremlin ha cortejado a gobiernos de izquierda y de derecha por igual. En Latinoamérica, se ha visto en las alianzas políticas el bloque bolivariano. Se fortalecen lazos establecidos con los gobiernos de Bukele (El Salvador) y Bolsonaro (Brasil). J. Bolsonaro, en particular, ha sido muy cercano a V. Putin, lo que ha demostrado en diferentes momentos antes y durante la actual guerra. En general, las alianzas y las conexiones más seguras de Rusia en el hemisferio son con líderes de regímenes autoritarios o iliberales. En ese sentido, las sintonías de las narrativas reaccionarias de la propaganda rusa -opuestas a la diversidad sexual, el activismo feminista, el pluralismo político y el Estado de derecho- hallan eco en amplios segmentos conservadores de la población latinoamericana.

Así, cuanto menos democrático sean los valores y preferencias del actor político, mayor posibilidad de establecer simpatías y cercanía política con Rusia. Como señala Ingerflom (2022: 209) el horizonte del proyecto putinista es restringir las libertades y seguir el modelo chino (...). Retoma la fuerza como único criterio de convivencia, dentro y fuera de sus fronteras. Se trata de una apuesta repetitiva en la historia de Rusia, que en numerosas ocasiones le ha dado resultados exitosos para obtener sus objetivos, incluidas la sumisión de sus propios pueblos la expansión territorial y las aventuras guerreras”. En sintonía con ello, la perspectiva de la Habana, Managua y Caracas para aliarse con Rusia, más allá de lo coyuntural, remite al interés de esos gobiernos de evadir las críticas y sanciones comerciales por su proceder autoritario, a la vez que la necesidad de contrarrestar la influencia de Estados Unidos en Latinoamérica y contribuir a que Rusia se inserte en la región como un contrapeso.

¿Con Kiev o con Moscú?

En el caso de la invasión a Ucrania, la diversidad de la región ha marcado sustancialmente el modo en el que cada país ha reaccionado, según el tipo y nivel de relaciones que haya mantenido con Rusia en los últimos 22 años. La cercanía política con Moscú, los nexos comerciales, los cambios de liderazgo y la tradición de neutralidad regional frente a los conflictos internacionales, explican las reacciones a este conflicto. Algunos gobiernos condenaron la guerra y rechazaron la invasión rusa (por ejemplo, Chile, Colombia, Costa Rica, Paraguay y Uruguay), pero otros han sido ambiguos y contradictorios (México, Argentina, Bolivia) en sus distintas posturas diplomáticas o gubernamentales. México, en particular, ha tenido aciertos en el manejo multilateral -con Francia, por ejemplo- de la crisis en escenarios internacionales como la ONU, condenando el uso de la fuerza por el Kremlin. Pero luego, en un afán por presentarse como garante de diálogos de paz, sus autoridades han sido erráticas al fijar postura sobre las responsabilidades de las partes y los modos de poner fin al conflicto.

Hay casos relevantes de coherencia democrática y diplomática ante la agresión rusa. Cabe destacar la posición inequívoca del gobierno de izquierda chileno, encabezado Gabriel Boric, que ha hecho de la denuncia a la invasión, la solidaridad con el pueblo de Ucrania y la defensa de la paz y los DDHH una postura clara de su posicionamiento exterior. En otros casos (como Cuba, Nic-

aragua y Venezuela) ni siquiera han usado la palabra “guerra” o han preferido demostrar apoyo a las alianzas y a la cooperación con Rusia, suponiendo que la cooperación puede seguir su curso a pesar de la invasión y las sanciones. Sirva como botón de muestra los tres cargamentos de petróleo comprados por la Habana a Moscú, en las últimas semanas, así como la reciente participación de tropas venezolanas, nicaraguenses y rusas en diversos juegos militares conjuntos.

La última votación en las Naciones Unidas evidencia cuales son los aliados leales del Kremlin. Se trataba de permitir el uso remoto de la palabra al presidente Vladimir Zelensky, imposibilitado de viajar a New York por la guerra en curso en su país. Una abrumadora mayoría de la comunidad internacional, 101 naciones, avaló la propuesta de la comparecencia por video. Un grupo mucho menor de 19 países -incluida China- prefirió abstenerse. Y solo un puñado de 7 gobiernos, todos de marcado carácter autoritario, rechazaron que la voz de Ucrania se escuchase en el plenario. Se trató de la propia Rusia, Bielorrusia, Siria, Corea del Norte, Eritrea y, de Latinoamérica, Cuba y Nicaragua. Generando la repulsa del propio liderazgo ucraniano, en voz del presidente V. Zelensky, en su comparecencia en la Asamblea.

Dicha cercanía fue reconocida desde las filas del putinismo. El comentarista Vladimir Solovyov propuso la creación de una coalición internacional para combatir junto a Rusia en Ucrania, identificando a Venezuela, Nicaragua, Cuba, Irán y Corea del Norte entre los aliados. Por su parte estos gobiernos han votado en contra o se han abstenido en las condenas a la invasión en el seno de las Naciones Unidas. Lo que está en sintonía con posturas ejemplificadas por la “Declaración del Gobierno revolucionario”, del 26 de febrero, en el que la Cancillería cubana señalaba “Rusia tiene derecho a defenderse. No es posible conseguir la paz cercandando ni acorralando a los estados”. En el marco de la actual Asamblea de la ONU, el canciller cubano ha celebrado lo que calificó como “Cordial encuentro con Serguéi Lavrov, canciller de Rusia” ratificando el “excelente estado de los vínculos políticos entre Rusia y Cuba y la disposición a continuar profundizando nexos económicos, comerciales, financieros y de cooperación”. Rubricando un “plan de consultas políticas entre ambas Cancillerías”. Fin de la Cita.

Todo lo anterior plantea un desafío a posturas como las anunciadas recientemente por la Unión Europea que apuesta por una revisión y relanzamiento de su agenda hacia Latinoamérica, con el foco puesto en recuperar terreno frente a China y Rusia. Pero ¿cómo podría ser coherentemente ejecutada esa nueva ruta si, en casos como el cubano, Bruselas mantiene una relación de creciente cordialidad diplomática, a despecho del alineamiento resiliente de la Habana con Moscú, adversario de Europa? Además ¿qué hacer con aquellos países donde aun dentro del régimen democrático gobiernos populistas de derecha o izquierda revelan divisiones, contradicciones y simpatías con los argumentos del país invasor?

La guerra actual, sin embargo, no es una guerra tradicional sino mesiánica, pues se orienta a anular no ya el orden de Post Guerra Fría, sino a provocar una derrota total de Occidente. Lo que significa, según Ingerflom (2022: 209) la supresión violenta de “gobiernos instituciones y valores de vida conquistados por las luchas pluriseculares de los pueblos” para la reconstrucción de un mundo dirigido por Rusia como “potencia-líder”, bajo los valores esgrimidos por su actual dirigencia. Para esto los pueblos deben aceptar un vasallaje político y axiológico, so pena de exterminio físico. Lo cual explicita, en esencia, que los valores que animan el proyecto putinista no son meramente conservadores, sino profundamente reaccionarios. Contra ello hay que posicionarse, desde la comunidad social, intelectual y política de los y las demócratas de Latinoamérica.

“En la región, el Kremlin ha cortejado a gobiernos de izquierda y de derecha por igual. En Latinoamérica, se ha visto en las alianzas políticas el bloque bolivariano. Se fortalecen lazos establecidos con los gobiernos de Bukele (El Salvador) y Bolsonaro (Brasil). J. Bolsonaro, en particular, ha sido muy cercano a V. Putin, lo que ha demostrado en diferentes momentos antes y durante la actual guerra. En general, las alianzas y las conexiones más seguras de Rusia en el hemisferio son con líderes de regímenes autoritarios o iliberales.”

¿Que somos, adonde vamos?

El mundo ha vuelto a ser, como a inicios del siglo pasado, un espacio geográfico de mercados más o menos expansivos, con Estados variablemente fuertes, intrusivos y soberanos, donde las libertades de votar, protestar y vigilar ciudadanamente al poder no forma parte de la cotidianeidad de muchas naciones. Sin embargo, la disputa democracia vs. autocracia aparece como una contradicción relevante, especialmente en aquellas zonas del planeta donde -como Latinoamérica- la primera parecía un hecho consagrado después de muchas luchas sociales y cambios políticos.

Nada de eso elimina la pertinencia de procurar otros objetivos, como el desarrollo económico, la justicia social y la soberanía nacional. Pero el relativismo para con las invasiones y derivas autoritarias, esgrimido en nuestra región en nombre de una forma de antimperialismo (antinorteamericano) es insostenible. Tanto cómo la confusión intencionada de las izquierdas y derechas putinistas, que reducen el legado liberal, para su defensa o descalificación, a sus expresiones elitistas o neoliberales.² Ignorando *ex profeso* que solo en sociedades abiertas y pluralistas, donde la ley, el saber y el poder no son posesión de una camarilla o caudillo, la política adquiere sentido emancipador. Y eso es resultado de las luchas democráticas de los últimos dos siglos. En las que el liberalismo político, como ideario y sensibilidad, tiene un lugar relevante.

El antiliberalismo putinista no se opone a la economía capitalista, al colonialismo, el racismo y la opresión de minorías. Como señala Ingerflom (2022: 208) "La oposición es a los principios emancipadores del liberalismo, a las conquistas de la Revolución Francesa que transformó los privilegios de pocos en libertades políticas para muchos. En los países democráticos, dichas libertades han sido y siguen siendo cercenadas en la práctica por los dominantes, pero son condicionales y por lo tanto difícilmente cuestionables en cuanto que principios rectores. En consecuencia, el liberalismo deja un espacio para las reivindicaciones y las luchas sociales y políticas por una sociedad mejor y por el derecho a la protesta individual y colectiva. Como hemos visto, estos espacios que implican el pluralismo son rechazados por el presidente ruso. En la práctica, estos principios son con frecuencia violados en Occidente, pero, salvo en las dictaduras que se sitúan automáticamente fuera del liberalismo político, la separación entre el Estado y la sociedad garantiza la contestación. El gobierno ruso actual se pronuncia abierta y explícitamente contra el liberalismo político, lo que implica la prohibición y la represión de toda alternativa a su proyecto" Fin de la Cita

Una mirada esquemáticamente liberal reduciría a las personas y sociedades a acotar sus agendas individuales y colectivas dentro de las instituciones representativas en clave poliárquica. Lo que conduce a la oligarquización de la política. Un planteo iliberal (como el de los populismos) o antiliberal (en clave totalitaria) propondría suplantarse la ciudadanía diversa y beligerante por la masa movilizable y aclamante y un poder político de pluralismo restringido o anulado. Lo cual deriva en la autocratización del poder. Una agenda postliberal buscaría cobijar una riqueza de actores, identidades, reclamos y agendas que, sin suprimir las instituciones y derechos de la república liberal de masas, plantean visiones alternativas sobre la organización civil, la participación ciudadana y la rendición de cuenta de los gobernantes.

Desde esta agenda se desplegaría, en el plano global, una solidaridad democrática entendida más allá de la simple vinculación comercial o diplomática de los gobiernos; enfocada en la defensa y promoción activa de valores e instituciones democráticas. Los que son, histórica y culturalmente, tan universales como los de sus enemigos. Redes transnacionales de organizaciones e intelectuales en apoyo a poblaciones invadidas o reprimidas por autócratas. Lobby's de activistas para la promoción de sanciones a testaferros, represores y oligarcas. Campañas online y offline de protesta contra las tiranías. Cumbres de articulación entre gobiernos y sociedades civiles enfocadas en la resiliencia socioeconómica, educativa, cultural y política de las democracias amenazadas³.

En el actual contexto, derivado de la invasión a Ucrania, semejante agenda postliberal y prodemocrática adquiere renovada vigencia. Hoy una autocracia global cómo Rusia busca incidir en la región latinoamericana con su influencia, sus alianzas y sus agendas de desinformación, buscando la erosión democrática.

ca. Bajo la narrativa de un déspota que, al decir del profesor Ingerflom "amenaza con aniquilar a todos los que no estén de acuerdo con él" fiel "a la historia de un poder que no cesa de combatir contra su propio pueblo". Fin de la Cita. La reciente movilización decretada por el Kremlin y las protestas reprimidas de sus ciudadanos contra la impopular medida son el mejor reflejo de esa sinergia entre expansionismo militarista y supresión de la iniciativa civil.⁴

Todo esto interpela -práctica y normativamente- en América Latina la salud y vigencia de una agenda democrática, con profundas raíces históricas, de ideas, valores y agendas republicanas, que debe revisarse para resolver las grandes deudas pendientes en materia de inequidad, injusticia y subdesarrollo. Pero esta agenda sólo puede realizarse bajo un enfoque *postliberal* -jamás *iliberal*, mucho menos *antiliberal*- de defensa de una sociedad de ciudadanas y ciudadanos.⁵ Una donde la innovación democrática, la expansión del bienestar social y la defensa del Estado de Derecho coexistan en la mejor tradición del liberalismo democrático, incapaz de concebir al ser humano desde visiones parcelarias, elitistas o culturalistas. Justo lo opuesto al proyecto de servidumbre reaccionaria que, bajo el pretexto de un Nuevo Orden Mundial y con el concurso de las bombas, quiere imponer el inquilino del Kremlin.

1 Ver Claudio Ingerflom, El dominio del amo. El estado ruso, la guerra con Ucrania y el nuevo orden mundial, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2022

2 Ver Francis Fukuyama, El liberalismo y sus desencantados. Cómo defender y salvaguardar nuestras democracias liberales, Deusto, Barcelona, 2022

3 Para dos aproximaciones recientes a estas redes y agendas, sus problemáticas y potencialidades, ver Jonathan Pinckney, Charles Butcher y Jessica Maves Braithwaite, Organizations, Resistance, and Democracy: How Civil Society Organizations Impact Democratization, International Studies Quarterly, Volume 66, Issue 1, March 2022 y Nasibov M (2021) Civil Society and Pro-Democracy Social Movements: Troubled Relations Within Authoritarian Regimes?, Frontiers in Political Science. 3:708872.

4 Ver Alexander Baunov, Why Is Putin Upping the Ante in Ukraine?, Carnegie Politika <https://carnegieendowment.org/politika/87974> y Andrei Kolesnikov, Putin has just laid a land mine under his regime, CNN <https://edition.cnn.com/2022/09/21/opinions/putin-mobilization-russians-ukraine-counteroffensive-kolesnikov/index.html>

5 Ver Philippe C. Schmitter, Post-liberal democracy: a sketch of the possible future? <https://www.eui.eu/Documents/DepartmentsCentres/SPS/Profiles/Schmitter/2018/Post-liberal-Democracy.draft.pdf> y Enrique Peruzzotti, Post-liberal and Post-populist Democracy: Rethinking Democratic Representation, Chinese Political Science Review (2019)

4:221-237, <https://link.springer.com/article/10.1007/s41111-019-00123-3>

